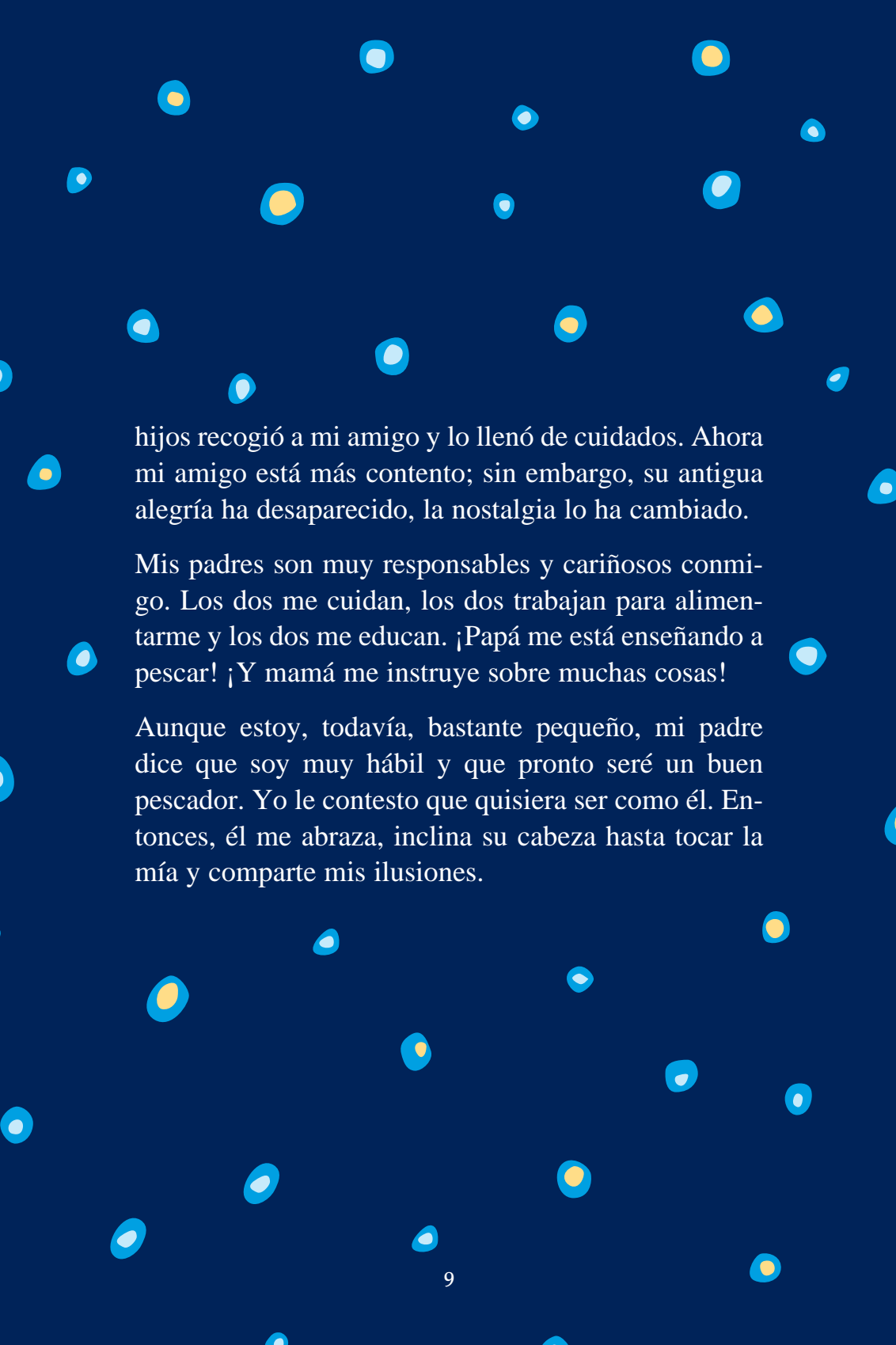




Primer recuerdo

Mi hogar lo conforman: mi papá, mi mamá y yo. Vivimos cerca del mar. Mi hogar es muy grande. El techo de mi hogar tiene el color del mar. Por las noches, cuando a mi casa llega la oscuridad, mis padres encienden varios foquitos, muy alegres, celestes y amarillos, y también uno muy grande que ilumina mi dicha con su luz blanca. Tengo suerte de tener un hogar feliz. Tengo un amigo que perdió a sus padres. Sufrió por mucho tiempo. Yo traté de consolarlo, pero mi amistad no era tan grande como su tristeza.

Lo llamamos Chapucero, porque cuando nada suele causar mucho alboroto. Como la comunidad en la que vivo es muy unida y solidaria, una pareja que no tenía



hijos recogió a mi amigo y lo llenó de cuidados. Ahora mi amigo está más contento; sin embargo, su antigua alegría ha desaparecido, la nostalgia lo ha cambiado.

Mis padres son muy responsables y cariñosos conmigo. Los dos me cuidan, los dos trabajan para alimentarme y los dos me educan. ¡Papá me está enseñando a pescar! ¡Y mamá me instruye sobre muchas cosas!

Aunque estoy, todavía, bastante pequeño, mi padre dice que soy muy hábil y que pronto seré un buen pescador. Yo le contesto que quisiera ser como él. Entonces, él me abraza, inclina su cabeza hasta tocar la mía y comparte mis ilusiones.

Segundo recuerdo

Nuestra comunidad es numerosa. Cuando nos reunimos en la playa ¡somos tantos!... Padres, hijos, amigos, amigas, tías, abuelas, abuelos... ¡Tantos, en verdad, que apenas tenemos espacio para movernos! No obstante, nos respetamos y queremos de tal manera, que estar muy juntos nos reconforta y anima. Nunca vi una pelea entre los miembros de mi comunidad. Sí he visto peleas en otras comunidades, peleas por el territorio, peleas tan feas, que tenía que cerrar mis ojos para no llenarme de tanta congoja.

Mi madre me contó que, de todas las comunidades que conoce, la peor es la comunidad de los pataslargas.

Tercer recuerdo

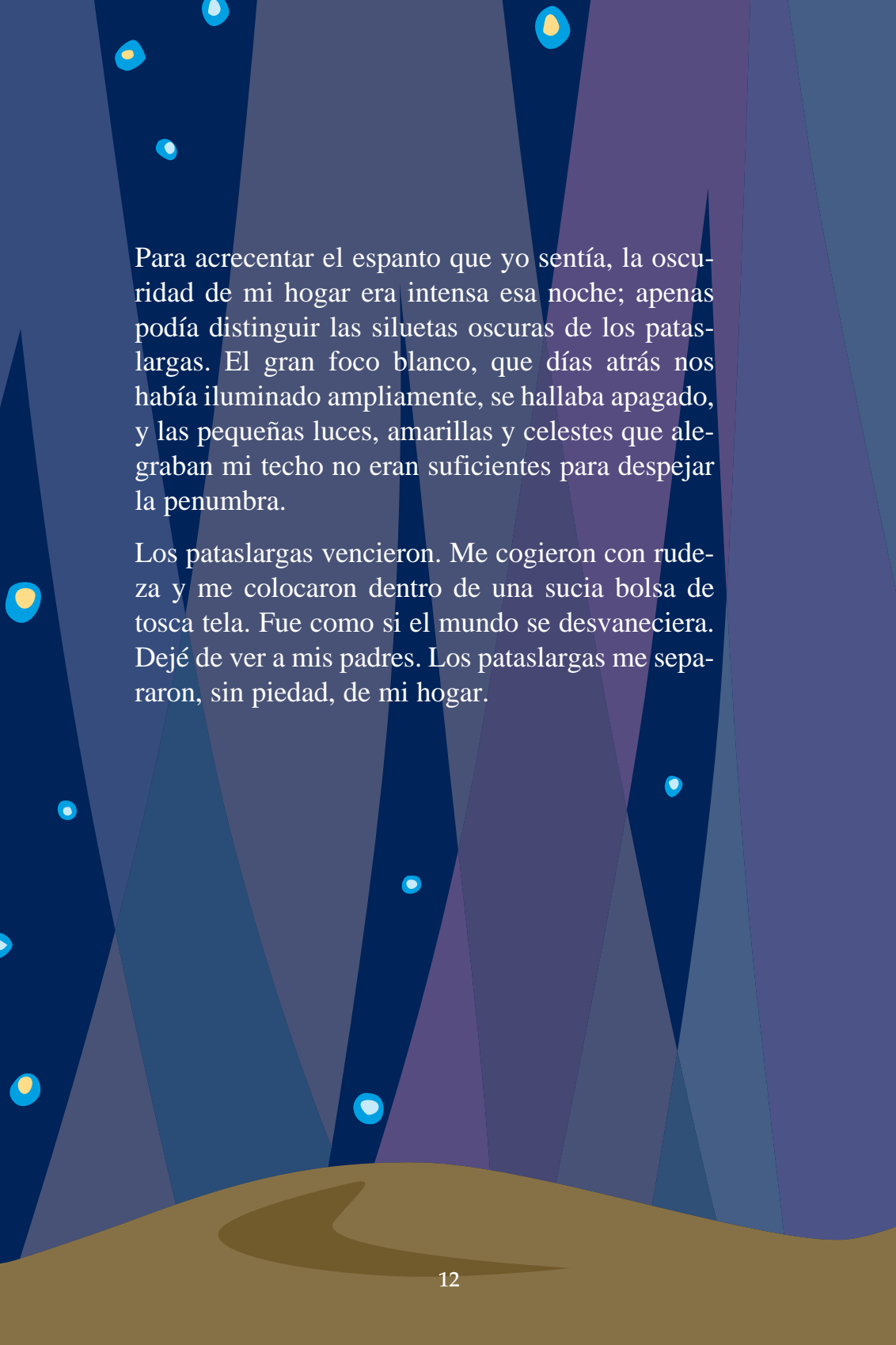
Los pataslargas atacaron mi hogar. ¡Fue terrible!

Ocurrió de noche.

Por una razón –que hasta ahora desconozco– los pataslargas querían llevarme con ellos. ¡Querían raptarme!

En medio de aquella tribulación, lo que más temía yo era que los pataslargas dañasen a mis padres. Aquellos individuos eran más fuertes y agresivos que mis queridos progenitores.

Mi papá me defendió con todo su coraje y con todas sus fuerzas, mientras mi valiente madre me protegía con sus tiernos brazos.



Para acrecentar el espanto que yo sentía, la oscuridad de mi hogar era intensa esa noche; apenas podía distinguir las siluetas oscuras de los pataslargas. El gran foco blanco, que días atrás nos había iluminado ampliamente, se hallaba apagado, y las pequeñas luces, amarillas y celestes que alegraban mi techo no eran suficientes para despejar la penumbra.

Los pataslargas vencieron. Me cogieron con rudeza y me colocaron dentro de una sucia bolsa de tosca tela. Fue como si el mundo se desvaneciera. Dejé de ver a mis padres. Los pataslargas me separaron, sin piedad, de mi hogar.